

# Un desafío de Kafka

Carlos Pereda

QUIERO ATENDER UN DESAFÍO que se insinúa en un relato -¿o parábola, o anti-parábola, o...?- de Kafka. Con ese propósito formulo ciertas preguntas y, luego, algunos argumentos que lo rodean: que buscan prepararlo. Tal desafío atraviesa un fragmento decisivo de la vida humana: incluso la impregna como uno de sus ejes generadores, a veces no explícitos, aunque no por eso menos efectivo. Sin embargo, no nos adelantemos: no corramos. Como marco de la discusión comienzo, pues, con las siguientes preguntas

- ¿cómo se establece y se mantiene la identidad de un grupo?,
- ¿cómo se justifica ese establecimiento, y por qué conviene, es deseable, debe... mantenerse?

Quien procura responder preguntas como éstas, presumiblemente tarde o temprano se topa con prácticas sociales de reconocimiento y desconocimiento, y cómo tales prácticas en parte constituyen los grupos. Y puesto que somos animales sociales, esas prácticas también nos constituyen. Ante todo: ¿en qué consisten las prácticas de desconocimiento?

Son prácticas que se llevan a cabo para ignorar al otro, para hacer desaparecer al otro: por así decirlo, para borrarlo de la visibilidad vigente en un medio y, de ese modo, de los intereses (deseos, creencias, planes, trabajos, expectativas, preocupaciones, compromisos...) que ocupan a las personas o grupos de ese medio. ¿Estamos, entonces, con tales prácticas ante la puesta en marcha de procesos cuyos últimos pasos consisten en la eliminación violenta de todas y todos aquellos que una persona o grupo rechazan? Por lo pronto, traduzco ya el texto de Kafka, no sin zozobras:

## Comunidad

Somos cinco amigos, una vez salimos uno tras otro de una casa, primero salió uno y se colocó junto a la puerta de calle, después el segundo salió por la puerta o, más bien, se deslizó con tanta ligereza como una gota de mercurio, y se ubicó no lejos del primero, después el tercero, después el cuarto, después el quinto. Finalmente nos paramos en fila. La atención de la gente se fijó en nosotros, nos señalaban y decían: “Los cinco acaban de salir de esa casa”. Desde entonces vivimos juntos. Sería una vida pacífica si no fuese porque un sexto vino a inmiscuirse. No nos hace nada, pero resulta fastidioso [o molesto, o pesado..., *lästig*], lo que ya es suficiente. Por qué se entromete donde nadie lo llama. No lo conocemos y no queremos tenerlo entre nosotros. Tampoco nosotros cinco nos conocíamos antes y, si se quiere, ahora tampoco nos conocemos, pero lo que entre nosotros cinco es posible y admitido, con ese sexto no es posible ni se admitirá. Aparte de todo esto somos cinco y no queremos ser seis. Y sobre todo qué sentido tendría este permanente estar juntos. Ni siquiera para nosotros tiene sentido, aunque nosotros ya estamos juntos, y permanecemos así, sin embargo, no queremos una nueva unión [o asociación..., *Vereinigung*], precisamente en razón de nuestras experiencias. No obstante, cómo puede uno hacerle entender esto al sexto, darle largas explicaciones significaría ya casi una aceptación en nuestro círculo, mejor no aclarar nada, y no admitirlo. Por más que él retuerza los labios [o los apriete, o haga muecas, o los frunza, o saque trompa..., *die Lippen aufwerfen*], lo apartamos a codazos, pero por más que lo apartemos, él vuelve.

Puede leerse esta parábola como si fuese una caricatura acerca de cómo operan los mecanismos de exclusión. Las prácticas de desconocimiento son, claro, su inicio. O, más que caricatura, ¿acaso no se esboza una parodia trágica? ¿Cuál es la diferencia? Aunque pertenecen a diferentes familias de conceptos, en ocasiones hay continuidad entre

ambas. Una caricatura puede ser mordaz, hasta terriblemente mordaz. No obstante, raramente pierde su aire juguetón que hace reír. En cambio, si con este relato de Kafka se sonrío, la risa tarde o temprano se congela, y uno se pone a temblar o, más bien, a reflexionar entre risas y temblores. ¿Por qué?

A veces se afirma -el texto de Kafka parece indicar que tal afirmación es verdadera-, que uno de los mecanismos de constitución de la identidad de los diversos grupos de animales humanos (familias, tribus, barrios, sectas, clubes, comunidades, naciones, partidos políticos...), y quizá más abarcadoramente, de cualquier grupo de animales, lo dan ciertos mecanismos de exclusión. Más todavía, a menudo se considera que sin tales mecanismos operando en cuanto *mecanismos constituyentes*, no existe la posibilidad de que un grupo se pueda individualizar y, de esa manera, formarse, adquirir estabilidad, crecer. A partir de estas premisas se argumenta: si no se trazan demarcaciones y se distingue de un modo claro y firme entre el adentro y el afuera de un grupo (de una familia, de una tribu, de una nación...) y, así, si no se excluyen otros grupos (familias, tribus, naciones...), no habría posibilidad de conformar la identidad de un grupo (una familia, una tribu, una nación...). Llamemos a este argumento, “argumento puramente externo de la constitución de los grupos (las familias, las tribus, las naciones...)” o “argumento externo”.

Las protestas no se dejan esperar. Por ejemplo, no pocas veces se aduce que los mecanismos de exclusión tal vez sean una consecuencia entre tantas de los grupos ya formados, pero no que los constituyen. Se niega, pues, que estos mecanismos sean la causa de la identidad de un grupo. Por el contrario, se objeta, los grupos (las familias, las tribus, las naciones...) se inician a partir de atributos internos que individualizan ese grupo *en cuanto* grupo (esa familia *en cuanto* familia, esa tribu *en cuanto* tribu, esa nación *en cuanto* como nación...). Llamemos a este segundo tipo de argumentos, opuestos al primero, “argumentos de la constitución de los grupos (las familias, las tribus, las naciones...) por causas internas” o “argumentos internos”.

Previsiblemente, en general quien es partidario de algún grupo (familia, tribu, barrio, secta, club, comunidad, nación, partido político...), sobre todo quien es militante y apasionadamente partidario, por ejemplo, quien como en tantos himnos nacionales, profiera “el grupo A o la muerte”, maneja argumentos internos.

Es habitual que algunos argumentos internos se elaboren y expandan, y a menudo hasta se desarrollen con erudición,

real o ficticia: se narran precisas historias incluso de pasados remotos que incluyen no poca información sociológica, antropológica, psicológica... y, en algunos casos, hasta biológica. Así, los argumentos internos enumeran atributos que se organizan como formando parte de narraciones y estadísticas, y a menudo también postulan complejos caracteres colectivos (la familia de los Rodríguez es *esencialmente* así o asá, los vascos son *esencialmente* así o asá, los patinadores de hielo son *esencialmente* así o asá...). Incluso se señalan conformaciones físicas hereditarias que permiten adscribir internamente ciertos atributos a un grupo y a sus individuos, aunque sólo *en cuanto* pertenecen a ese grupo, y *únicamente* a ese grupo. Por supuesto, también los observadores de un grupo pueden dar y, en efecto no pocas veces han ofrecido y continúan ofreciendo argumentos internos.

Claramente, los muchos argumentos internos tienen premisas y conclusiones diferentes no sólo según el tipo de grupo (familia, tribu, barrio, club, secta, comunidad, nación, partido político...) que se considere sino, más en concreto, según el grupo específico a que, de manera directa, se hace referencia. Por eso, parece un notorio despropósito pretender dirigir en contra de toda esa tumultuosa multitud de argumentos internos singularísimos y detalladamente diferenciados, o siquiera en contra de muchos de ellos, un argumento externo general que procure refutarlos. Pero, ¿lo es?

Alerta: éste es uno de esos momentos en que hay que tener cuidado con las palabras y, sobre todo, con los argumentos que se expresan o parecen expresarse con ciertas palabras. Por lo pronto, no busco a partir del relato de Kafka construir un argumento externo general para *refutar* los diversos argumentos internos singulares respecto de la constitución y, mucho menos, de la legitimidad de los variados grupos en que se organizan los animales humanos. Más bien, a partir del argumento externo que sugiere Kafka -al menos, que *me* sugiere- como adelanté, sólo quiero reconstruir un *desafío*. Hay, pues, una asimetría entre el argumento externo y los argumentos internos. El argumento externo es, pues, una construcción que intenta operar como desafío de muchos argumentos internos bien concretos. Pero, ¿de qué desafío se trata?

Después de -¿aburridamente?- esbozar este marco de preguntas y argumentos, leamos ya el relato de Kafka *paso a paso* (como se debe leer cualquier poema o relato que importa). Tenemos un grupo, narra la voz intercambiable de un coro de cinco. ¿Cómo se ha formado? Se indican dos

momentos. El primer momento, constituyente interno, se presenta como más o menos casual: algunos “amigos” (¿“amigos”? ) que al parecer habitan todos una misma casa o, al menos, en cierta ocasión salen uno tras otro de esa casa, se paran en fila. Eso es todo. No es mucho por cierto para conformar “un grupo”. En cualquier caso, pararse en fila no establece una relación demasiado vinculante (más todavía, si esos “amigos” ni siquiera tienen como plan común pararse en fila, pues lo hacen según el relato de Kafka “con tanta ligereza como una gota de mercurio”, lo que es otra manera de expresar: “con tanta falta de intención como una gota de mercurio”). El segundo momento, constituyente externo, parece no menos casual: una instancia anónima, “la gente”, se fija en esos cinco individuos parados en fila y los señala. Otra vez, la mirada del otro, aunque casual, parece tener más peso para conformar un colectivo que los atributos internos. Y aunque el atributo externo que se adscribe no sea muy identificador, parece bastar para conformar, o acabar de conformar el grupo (distraídamente se indica “Los cinco acaban de salir de esa casa”), Por supuesto, una vez azarosamente constituido, como todo grupo, éste adquiere una fuerza que crecientemente lo consolida: una inercia que lo hace proseguir siendo un grupo con una pretendida identidad con independencia de que haya para ello pocas o muchas razones, o ninguna. (Téngase en cuenta que los usos de la palabra “inercia” a menudo tiene algo que ver con algún uso de la palabra “inerte”: falta de vida.)

Por otra parte, este grupo, al parecer, tendría una “vida pacífica” si no fuese porque un extraño al grupo (o meramente porque lo extraño, lo que le es ajeno al grupo hasta el momento) viene a perturbarla. Sin embargo, ¿acaso no es ésta la ilusión reiterada de los grupos (familias, tribus, naciones...)? No hay que llevar a cabo mucha investigación histórica o sociológica para comprobar: a menudo se diagnostica que la causa de las propias dificultades pertenece al *afuera*. En efecto, cuesta mucho renunciar a la *ilusión de la dificultad puramente externa*, tanto en las colectividades como en las personas. (Por supuesto, lo que más cuesta es reconocerse como la causa más importante de las propias dificultades, o en todo caso, como una de las causas más importantes.) Quizá para subrayar lo fantasioso de esa persistente *ilusión de la dificultad puramente externa*, en este relato el extraño no hace ningún daño, ni siquiera dice algo que irrite o provoque. Ese extraño meramente perturba por ser lo extraño: lo ajeno al grupo; nada más.

De ahí que el argumento externo que se insinúa en el relato para rechazar a este extraño sea irrisoriamente vacío:

se reduce a la afirmación: “no queremos que tú formes parte de nosotros y punto. Porque nosotros somos nosotros”. Por consiguiente, se elimina todo intento de respaldar con razones a la pura voluntad de excluir. (Para acentuar más la falta de contenido del argumento externo, en el texto de Kafka la autoridad del grupo no parece recibir otro sostén que el que proviene de un accidente.) Pero algo más: a partir de la estructura de la afirmación “somos cinco y no queremos ser seis”, cualquier lectora o lector sin dificultades reconstruye la puesta en marcha de diversos mecanismos de exclusión que, con facilidad, producen todas aquellas identidades que se quiera inventar. Así, si se le dan a las palabras “cinco” y “seis”, el valor de variables, se generan heterogéneas afirmaciones como

Somos bolivianos y no queremos que ningún paraguayo se entrometa.

Somos cristianos y no queremos que ningún judío se entrometa.

Somos judíos y no queremos que ningún árabe se entrometa.

Somos blancos y no queremos que ningún negro se entrometa.

Somos ganaderos y no queremos que ningún agricultor se entrometa.

Somos patinadores de hielo y no queremos que ningún patinador de tierra se entrometa...

En el texto de Kafka incluso se disipa cierta duda que pudiera surgir acerca de una posible razón que justificara estos mecanismos de exclusión. Se aclara que, al aludirse al desconocimiento del otro, no se ofrecen razones que pretendan respaldar esa manera de actuar, porque

Tampoco nosotros cinco nos conocíamos antes, y si se quiere, ahora tampoco nos conocemos.

He aquí, entonces, una pura voluntad de excluir: no se quiere que el extraño forme parte del “nosotros” —del colectivo accidentalmente ya formado—, y punto. Todavía se agrega: no lo queremos

precisamente, a causa de nuestras experiencias.

En esta explicación, la ironía, o más bien, el efecto abiertamente tragicómico crece si se tiene en cuenta que la expresión “nuestras experiencias” carece de contenido: el

relato claramente indica que no hay otra experiencia común a la cual se pueda referir quien narra que la de salir de una casa y ponerse en fila (“con tanta ligereza como una gota de mercurio”). De ahí que los mecanismos de exclusión se descubran –si es que la palabra “descubrir” tiene en este contexto algún sentido– como el resultado de una “genealogía de lo casualmente nuestro”. (Pero cuidado: se trata de genealogías que, con el tiempo, se vuelven de hierro: un destino.)

Leamos todavía las últimas –y sorprendentes?– palabras del relato. La tarea que se plantea parece difícil, si es que no imposible: radica en hacerle entender al excluido el por qué se lo excluye cuando no se tiene otra razón para hacerlo que la pura voluntad de excluir basada en una identidad azarosa. Claro, para implementar esa voluntad se introducen prácticas de desconocimiento: se hace como si el otro no existiese. Pronto también habrá que ir más allá de esas prácticas y actuar para que el otro se vaya, desaparezca o, si es posible, deje de existir. No cabe la menor duda: si las prácticas de desconocimiento no son efectivas, habrá que recurrir a alguna violencia; como mínimo habrá que dar codazos. Pese a ello, el extraño, o lo extraño, lo ajeno al grupo, inevitablemente vuelve; pese a las prácticas de desconocimiento, vuelve.

Pregunta: con pura voluntad de excluir, ¿se podría haber actuado de otra manera? Con astucia, explícitamente en el relato no se toma en cuenta la alternativa radical a todo ese actuar, alternativa que queda flotando en el aire como una sombra de toda la narración: dar explicaciones que funjan como argumentos que, de algún modo, respalden la exclusión. ¿Por qué? Pues el mínimo esbozo de tal alternativa condena ya a enredarse en prácticas de reconocimiento: conduce a admitir al otro u otra como una segunda persona. Lo que, por supuesto, implica admitir que *es* una persona, y eso “significaría ya casi una aceptación en nuestro círculo”. Sí, dar explicaciones, conversar, dar razones es reconocer que el otro *es*, aunque aborrecible *es* un animal que pertenece a aquellos que comprenden argumentos: un interlocutor real o posible.

Regreso brevemente al marco de esta lectura: a ciertas preguntas y a la contraposición entre un argumento externo y varios argumentos internos respecto de la conformación de la identidad de un grupo. Se propuso: el argumento externo no busca refutar argumentos internos, sino desa-

fiarlos. ¿Cómo? Primer paso del desafío: frente al operar de ciertos mecanismos de exclusión, y su consecuente violencia, se desafía a los argumentos internos que respaldan esa violencia, preguntando: ¿*qué más* puede ofrecer un grupo para justificar la identidad en que se apoya su voluntad de excluir, fuera de constituciones azarosas e inercia consolidadora, esos productores de “genealogías de lo casualmente nuestro” que con prácticas de desconocimiento, cuando no con armas, esconden su carácter casual? Con cierto énfasis se puede todavía agregar: ¿en nombre de tan poco –de esos engaños y autoengaños– a menudo se ejercen tantas prácticas de desconocimiento y, si es necesario, se desata tanta violencia?

Segundo paso del desafío del argumento externo: si al dar explicaciones, razones, argumentos se admite que quien por azar no forma todavía parte del grupo (familia, tribu, nación...) es una persona y que, por lo tanto, en principio, tiene la posibilidad de pertenecer a él, se amenaza una identidad ya constituida. Sin embargo, ¿por qué se usa la irritante expresión “se amenaza”? Pues este segundo paso hace presente que la identidad cuestionada no sólo es azarosa, sino modificable, opcional: que admitiendo a extraños y, en general, a lo extraño, a lo ajeno por el momento a ciertas vigencias sociales, esa “genealogía de lo casualmente nuestro” podría reconstituirse de otras formas a cómo azarosamente se ha constituido. Entonces, quizá –ese sería el comienzo de una de las argumentaciones morales o políticas a que invita este desafío–, esas otras formas de constituir tal identidad colectiva, podrían ser no sólo muy diferentes, sino mejores: más justas, acaso inesperadamente hospitalarias con la felicidad.

Con este segundo paso, el desafío del argumento externo, entonces, se radicaliza. Pues una consecuencia de comenzar a corroer identidades colectivas y otras firmes murallas exponiendo su carácter azaroso, su contingencia, es que las prácticas de desconocimiento y hasta la arrasadora violencia en relación con el otro, con los otros, con lo otro, se descubren como una solución desalentadoramente precaria: tarde o temprano, como el sexto personaje de Kafka, el otro, los otros, lo otro, vuelve, una y otra vez vuelve. •

CARLOS PEREDA es miembro del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Correo electrónico: jcarlos@servidor.unam.mx.